Núm. 69.

EDUARDO Y FEDERICA.

COMEDIA EN TRES ACTOS

EN PROSA.

PERSONAS.

Milord Donbay, Padre de *Eduardo*.
Milord Derikson, Padre de *Federica*.

Súmers.. } Criados de Milord
Jorge.... } Donbay.

Derik...... }
Ricardo... }
Tompson... } Aldeanos.
Ulrica..... }
Eduarda.. }

LA ESCENA SE FINGE EN UNA QUINTA INMEDIATA Á UNA ALDEA DE LAS CERCANIAS DE LONDRES.

El teatro debe representar un bosque espeso en lo interior del foro: á su estremo en la derecha, un gran peñasco con descenso á escena, del cual nace un pequeño manantial: á la izquierda la fachada de una quinta con puerta usual, y junto á su umbral un banco de piedra, y si se quiere un emparrado sobre élla.

ACTO PRIMERO.

Súmers con una cesta en cada brazo cubierta de ojas de higuera ó parra, y Jorge con un canasto grande sobre la cabeza, que descienden por el peñasco, y Federica desmayada á orilla del bosque.

Súmers. Peste en la boda, en los novios, y en el perro que... ¡Pues no es bueno que ha de haber en casa tanto zángano que coma, y en llamando á trabajar, todos se han de hacer los remolones! En todo ha de danzar el tonto de Súmers: sino ya no se hace nada. Vean ustedes si es buena la aprension de hacerme ir en posta hasta la quinta nueva, que hay tres millas de un camino endemoniado, y vuelva usted sin descansar con una cesta de fruta en cada brazo, que pesarán mis doce libras, y setenta y dos inviernos acuestas que pesan mas que la fruta. Si yo bien digo, que en haciendose uno miel... Pues que no se fien mucho, que si me aprietan mas, lo echaré todo... Qué decis?

Jorge. Nada.

Súmers. Pues si es la verdad, hombre. Maldito si se hacen cargo de nada. Sobre que no puedo dar un paso. ¿A quien se le ocurriría enviarme á mí en posta..? Vaya en acordandome de esto; y aun puede

que diga el Milord que tardamos. Vaya si lo dirá. Qué preguntas?

Jorge. Nada.

Súmers. Pues habla hombre, que pareces siempre un presidente de yeso. ¿No tengo razon que me sobra?

Jorge. No lo entiendo.

Súmers. Y desde que anda este bodorrio cuenta que no hay aguante. Súmers, baja á la bodega y mira que vinos faltan: Súmers, llegate á la quinta, y haz que traigan tantos recentales, tantos pollos, tantos rábanos de mi abuela: Súmers, ten cuidado que no se coja fruta alguna hasta el dia de la boda: ..Súmers dí al caballerizo que no hagan falta las guarniciones nuevas para aquel dia: Súmers la habitacion de los novios que esté como he mandado: Súmers.... Valgate mil Santos con el hombre: á todo, Súmers, y Súmers; y Súmers está ya para tan poco... Qué te parece?

Jorge. Que hablais mucho.

Súmers. Míren que salida esta; para eso tú no hablas nada.

Jorge. Me hace falta la saliva.

Súmers. Pues no hiles. El diantre de la aprension.

Jorge. Venis adentro?

Súmers. Si, si, al instante, porque sino, la señora cocinera, gruñirá por los siglos de los siglos. Esa es otra, por no aguantarla... una serpiente es con faldas. Y si uno se queja ó la dice algo, luego salta el bragazas del Milord... Cuidado Súmers, que eres pelilloso, á cualquiera cosita que hace ó dice la muchacha ya te pones de uñas contra ella. (*Jorge le mira enojado y se entra en la quinta.*) Todo te incomoda: por todo riñes, y tienes tú cien veces peor genio qué la chica. Con este mimo, ya se vé, no hay quien haga carrera de ella. No es asi Jorge? (*Volviendo la cara.*) Calle: habrá záugano semejante! Pues no me há dejado con la palabra en la boca?.. y... lo dicho, el purgatorio me hacen pasar entre todos... Ay! ay! (*Quejandose.*) Sobre que estoy rebentado. Vaya que la chanada de Jorge me ha gustado; como si uno fuese aqui un diez de bolos! (*Caminando hácia la quinta.*) Súmers, qué bulto es aquel que hay allí á la orilla del bosque? Si yo no tengo cataratas... Ni mas ni ménos, una pobre muger es... Y, si señor, una muchacha, y no tan fea como yo. ¡Miren que cama tan mullida escogió para descansar! Señora? ah señora? ¡Caramba, y qué bien ha cogido el sueño! Señora? ola? ¡Pues está fria como un yelo! (*Asiendola una mano.*) Si se habrá quedado muerta? Señor, señor, Jorge, Enrique? (*Acercandose á la puerta.*) El caso es què no tengo aqui (*Aturdido.*) una basija... pero aunque sea en el sombrero...

Sale Jorge. Qué quereis?

Súmers. Ven aca, hombre ayudame... ¡Miren que sorna aquella! apriesa pazguato. Por debajo de ese brazo, con tiento que no es un costal de paja. Por vida de... Nada, no vuelve: y.. Milord? Enrique? Ahora (*Acercandose á la puerta.*) que se les necesita no parecerá uno en la casa.

Sale Milord. Qué tienes, hombre? siempre has de estar voceando?

Súmers. Y vos siempre con esa flema achicharrando al progimo.

Milord. Pero qué veo, Súmers? Qué joven es esta? qué es lo que tiene?

Súmers. Preguntadselo á ella cuando esté para decirlo, y entonces lo sabremos todos.

Milord. Y está sin pulsos! Pobrecilla! Tenla, tenla... Entra tú por una silla; (*Á Jorge.*) corre: si traeré yo aqui el frasquillo con el álkali...

Súmers. Quereis no ser tan bendito: la chica tal vez estará asi de pura debilidad, y vais á darla que oler? comer, comer es lo que ella necesita.

Milord. Eres un asno hecho y derecho, Súmers, aqui está: veras que

pronto abre los ojos. (*Poniendole el pomo á la nariz.*)

Súmers. Si, como no abra... Vaya que teneis unas sandeces. (*Jorge con una silla y la sientan.*)

Milord. Ven, ven sentemosla... asi... bien está... mientras yo la sostengo, hazla tú un poco de ayre con el sombrero.

Súmers. Otra que tal! á una muger sin pulsos... ni el mismo Satanas discurriría...

Milord. ¿Quieres hacer lo que te mando, y no impacientarme Súmers?

Súmers. Bien; allá voy; pero como os llegase á ver como ella está, no os habia de dar otra cosa que ayre, aunque no volvieseis en tres dias. Ayúdame tú naranjo: sopla tambien por ese lado y hará mas pronto el efecto este remedio nuevo. Ja, ja, ja! sino me rio de estas cosas...

Milord. Calla que ya abre los ojos. (*Federica abre los ojos y mira con la mayor languidez toda la escena.*)

Súmers. Y es verdad! vaya, vaya que es el diantre la medicina.

Federica. Donde estoy? qué fue de mí tanto tiempo?

Milord. Animaos, hija: penas á un lado y cuidemos solo de vuestro restablecimiento.

Federica. Ay, señor! Mis penas deben acompañarme hasta el sepulcro!

Milord. Ese es un delirio del propio dolor que os causan. Todo linage de penas tiene su fin, y las vuestras... Vaya sed docil, y decidme vuestro mal, que yo me obligo á curarosle por agudo y envegecido que sea.

Federica. Mi mal! ah! mi mal! No puede ser comunicado. La muerte debe sepultarle para siempre!

Milord. Cómo qué? tan niña, y tan obstinada? No señora. La providencia, que vela siempre por la conservacion de todo lo criado, no quiere que perezcais todavia, y ha cuidado de traeros con una mano invisible, á la compañía de un hombre que alivie vuestros quebrantos. Nada hace al caso, creedme. En fin: sean cuales fueren las desgracias vuestras, tened la docilidad de contarmelas, y...

Súmers. ¿Y os parece que estará ahora la muchacha para contar aventuras? Entremosla á tomar un refrigerio, y mas que luego querais que os cuente la vida de los doce pares.

Milord. Dices bien: si, venid señora.

Federica. Ah! no: por piedad dejadme esconder mi culpa en la espesura de este bosque. Ese debe ser mi mansion lo poco que me resta ya de vida, y ese debe ser mi sepulcro.

Súmers. Es una buena aprension por cierto!

Federica. Si: la justicia eterna me condena á huir hasta de los buenos, y á pasar mis dias, solo entre fieras.

Milord. ¿Habeis perdido el juicio, señora? entre fieras? No, no será en mis dias por cierto. Vos no salis ya de esta quinta á no ser que vuestros padres, si los teneis, vengan aqui á buscaros. ¿No es verdad, Súmers?

Súmers. Gracias á Dios, que os ocurrió una cosa buena.

Milord. Si, si: haré cuenta que tenia una hija sin saberlo.

Federica. Ah! cual es vuestra bondad, señor y cuan poco la merezco! Si vos os arrepentireis en sabiendo...

Milord. ¿Qué he de saber, ni que podeis contarme, que deba estrañar de vuestros años?

Federica. Soy tan criminal!.. Soy tan digna de la execracion de los hombres!..

Milord. Alguna muchachada que no merecerá la pena; vaya, atendamos ahora á lo que urge mas; que luego pondremos remedio á todo.

Federica. Perdonad: si sois tan sensible como decis, escusadme el rubor de que me vean; ya con vuestro favor, he recobrado mis senti-

dos, y me hallo con bastantes fuerzas para internarme en este bosque. Si en algo quereis aliviar mi desconsuelo, dejadme un pobre alimento al pie de aquella encina, que yo saldré por la noche á recogerlo: no imploro ese socorro porque quiera dilatar mi existencia: es tan amarga!... No señor, debo conservarla hasta que prueve el dolor de ver publicar mi culpa. Entónces, ay! cuan agradable me será la muerte! pero hoy... si, hoy depende de mi conservacion, una vida tan interesante... tan inocente... debo vivir, señor: un pobre alimento no mas, aquello que sobre á vuestros criados bastará á sostenerme á mí todo el tiempo necesario: no os seré gravosa, no; no abusaré de vuestra beneficencia jamas. Lo hareis, señor? por compasion. Ah! si supierais quien es la que os lo ruega! No soy yo, no: yo no merecia que vos os condolieseis de mi estado.

Milord. Veamos si salgo una vez de dudas. Anda Súmers, mira si desde la azotea descubres con mi anteojo la silla de Eduardo.

Súmers. Me gusta el pretestillo conque quereis echarme de aqui.

Milord. Siempre has de ser malicioso.

Súmers. No señor; pero...

Milord. Qué es pero?

Súmers. Que conozco bien vuestras lilaylas; y á perro viejo... pues... no hay tus tus. *Vase.*

Milord. Y bien, ya estamos solos; y es preciso que me confieis vuestra aflixion, sin ocultarme cosa alguna. Yo me ratifico en que será una niñería; pero...

Federica. ¡Pluguiera á Dios, que la gravedad de mi culpa permitiera que os la confiase!

Milord. Pues ello yo he de saberla, conque no os obstineis: bueno fuera que descubriendo yo una joven desgraciada no me interesase en consolarla. ¿Y como ha de curar el medico á un enfermo, si no sabe el mal que tiene? ¿Tan pobre concepto habeis formado de mí, que si la cosa exige algun secreto, no he de saber guardarle? ¿qué podreis decirme que yo estrañe viendoos tan niña, tan bella, y en un mundo tan seductor y corrompido? Que os engañó algun joven; y...

Federica. ¡Pero con qué vileza, señor! con qué perfidia! con qué inhumanidad! Ah! ¿qué es lo que he dicho? mi dolor me ha descubierto.

Milord. No os debe pesar hija mia. Yo tengo demasiado influjo en la corte, y mucha firmeza en mi caracter, para no hacer que vuestra queja sea atendida en cualquiera de sus tribunales. Yo tomo desde ahora vuestra causa á cargo mio. Decidme: ¿ha abusado algun perverso de vuestra credulidad? os cubrís el rostro? sollozais? no lo estraño; sois honrada y temereis que vuestra flaqueza se divuigue; no se divulgará.

Federica. Si: compasivo señor, se divulgará; que ese es uno de los atroces suplicios á que el cielo me condena. Él estampó en mí mi culpa de un modo, que por siempre debo ser objeto del vilipendio del mundo, y afrenta de mis padres.

Milord. Con qué aun viven? y... decidme: saben ya vuestra desgracia?

Federica. Viviría yo? No señor. Hubiera ya dado su pundonor mil muertes á su delincuente hija. No padre mio: vivirá esta infeliz oprimida de trabajos; la despedazarán el dolor y el remordimiento; acabará sus dias en los montes abandonada del cielo y de los hombres: pero no tendreis jamas que avergonzaros de su culpa. No la sabreis. Ah! no, mi bienhechor: ya que tuve la debilidad de confiarosla, sepultadla en vuestro corazon. Si se publicára, moririan de pesar.

Milord. No lo temais: sosegaos. Cuando lleguen á saberlo, os veran, sin

duda, á cubierto de la mas rígida censura. Yo os lo prometo: si: pagará su culpa el malvado. Pero decidme, llegó su maldad?...

Federica. Al mayor estremo, señor: juró mil veces ser mi esposo: me manifestó su amor de un modo... Quién no habia de creerle? Perverso! ¡Dejarme abandonada á mi desengaño, á mi deshonor, á mi desesperacion!..

Milord. ¿Se puede dar unos mozuelos mas desalmados? Conqué despues que... Vamos merece un escopetazo. Y vos tambien abandonar con el bribon, la casa de vuestros padres...

Federica. No señor, no. Yo me hallaba desde mi tierna edad en un colegio: él iba con otro á visitar á una educanda: me vió: me habló: me escribió mil cartas amorosas y en fin me persuadió á fugarme. Oh! nunca le hubiera creido!

Milord. ¡Pues digole á usted que el muchacho era una alhaja! Pero señor, ¿qué cuidado tienen las señoras maestras con sus colegialas? Qué cuenta darán á vuestros padres de una hija que las entregáron? Yo aseguro que él y ellas no irán por la penitencia á Roma. ¿Como se llama ese canalla?

Federica. Ay señor! Que el falso tuvo hasta la precaucion de fingir su nombre, su patria, su familia, su clase... En todo me engañó, en todo.

Milord. Pues ni por esas se ha de librar del castigo. El Cielo nos lo descubrirá, no tengais cuidado. ¿Vive la colegiala á quien iba á visitar el amigo de tan buena pieza?

Federica. Si señor; pero era un oficial de marina, y antes de abandonar yo el colegio, se embarcó para la India.

Milord. Sin embargo yo sabré lo que nos importa.

Sale Súmers. Ya viene mi señorito: llegará ahora la silla mas acá de la quinta nueva.

Federica. Oh! Dios! (*En ademan de huir.*)

Milord. Adonde vais? (*Deteniendola.*)

Federica. Por piedad, dejadme ocultar.

Milord. Sosegaos: nadie sabrá... Corre Súmers, de tí solo me fiaría para esto, llevala á mi cuarto por la escalera escusada.

Súmers. ¿No estaría en el mio mas oculta?

Milord. Pues, en el tuyo donde estan entrando y saliendo todo el dia.

Súmers. ¿Hay mas que ni entren ni salgan? Cierto que el reparo...

Milord. No señor: en aquel gavinete mio que da al jardin estará escondida de todos, y alli cuidaras tú...

Súmers. Bien: lo que os dé gana.

Milord. Pero es menester que nadie la vea entrar ahora... Espera hombre ¿adonde vas?

Súmers. A decirles que cierren los ojos para que no nos vean... ¡El diantre de la ocurrencia! La casa llena llena de gandules, y quiere que nadie nos vea entrar.

Milord. Para nada eres, para nada. ¿Tienes mas que llevarla por la mina? Sobre que no te ocurre cosa alguna.

Federica. Señor, por compasion...

Milord. No me aconsejeis: seguid á Súmers, y no receleis, que aunque un poco avinagrado, es hombre de bien algunas veces.

Súmers. Habrá paciencia para...

Milord. Venid señora... si, pronto, que llega gente. Ah! Súmers, lo primero, que tome algun alimento.

Súmers. Es buena la advertencia. (*Vase llevandola de la mano.*)

Milord. Pobrecilla! es menester no aflijirla mas, riñendo su flaqueza: mayormente no pudiendo remediar el primer daño. Ya se ve, las muchachas llenas de inocencia, de credulidad, y rabiando por conversacion, oyen á cuatro picaros de los de la última cosecha, que es bien mala, y... No es menester mas: las hablan á sus deseos; las levantan de cascos, y cada paso tene-

mos unos pasages como este. Pero, Derikson y Eduardo llegan: voy, voy á recibirlos. (*Se adelanta hasta el pie del peñasco.*)

(*Salen Milord Derikson y Eduardo.*)

Derikson. Amigo Donvay. (*Abrazandose.*)

Milord. Bien venido Derikson... ¿Como dejas de su indisposicion á tu hermana?

Derikson. Mejorada tan considerablemente, que segun opina su medico, vendrá mañana muy temprano acompañando á su sobrina.

Milord. Me alegro; por que Jacovita, consentida en que se verificase hoy su boda, sentiría que se dilatase por mas tiempo.

Eduardo. Si he de deciros la verdad, no la sentó muy bien esta dilacion.

Milord. Ni á tí tampoco, es verdad?

Eduardo. De modo que... Ya ve usted; como habiamos consentido, y todo estaba dispuesto... La verdad, desconcertarse de repente, y esperar, no es agradable el chasco; y como los dos lo deseabamos tanto...

Milord. Bien llegará el momento; pero lo que importa es que no os arrepintais de que haya llegado.

Eduardo. Voy, voy, si usted me dá su permiso á ver el birlocho, los caballos y las guarniciones de gala. Ah! ¿si trageron ya el latigo elastico?

Milord. Todo está.

Eduardo. ¿Si será de chasquido doble? porque sino soy capaz de degollar á Jorge. ¿Encargó usted que los penachos (*Hace que se va y vuelve.*) de los caballos fuesen muy altos? Qué fuesen de plumas blancas y de color de fuego? Qué los faroles sean de cristales verdes?

Milord. ¿Es posible que una caveza bien organizada se haya de ocupar en unas cosas tan pequeñas?

Eduardo. Pequeñas? Pues: pequeñas! Usted como no está impuesto en el último tono... ¡Vaya que si yo me presentára en un birlocho, sin estos requisitos haría un papel brillante! Si usted supiera el realce que da á un joven de calidad, el ir en un pequeñisimo birlocho tirado por dos grandes caballos, soberviamente enjaezados, y con unos altisimos penachos, desempedrando las calles, y aturdiendo con el incesante chasquido de su látigo. No sino: yo he de hacer de modo que en corriendo mi birlocho, le conozcan todas las damas sin verle. Pero voy, voy á pasar revista á mi tren de boda, que es lo que me importa. (*Va á partir.*)

Milord. De paso encargarás á Jorge...

Eduardo. Si, si; al instante.

Milord. ¿Pero di atolondrado, que es lo que vas á encargarle?

Eduardo. Ah! si es verdad. Vamos ¿que quiere usted que le encargue?

Milord. Que nos saque un par de botellas de cerveza.

Eduardo. Bien, bien, corriente. (*Vase.*)

Derikson. ¡Viveza mayor de muchacho!

Milord. Dí aturdimiento, y habrás acertado á difinirlo. Hablemos claros, Derikson, el amor de padre no me impide el conocer su ligereza y la superficialidad de sus ideas, hijas todas de la ridicula educacion que le dió mi bendita suegra.

Derikson. ¿Y no sería sacar de quicio á la naturaleza, el exigir de su edad, otras mas solidas? ¿Te parece Milord, que los hombres todos aun en una misma edad, son agitados de unas pasiones mismas? No por cierto; y para no buscar mas lejos una prueva, mírate á ti retraido de toda sociedad, y hecho un filosofo campestre, y á mí encantado en el bullicio y confusion de la corte, riyendome de tu estravagante sistema, al paso que tú te mofarás del mio. ¿Y te parece que no hallará cada uno unas razones, á su entender poderosas, para cohonestar su estravagancia?

Saca Jorge una mesita, la arrima al poyo de piedra, y despues saca dos botellas, y una salvilla con vasos, y se va.

Milord. Dejalas, y parte. La mañana está deliciosa, y yo espero unas visitas muy interesantes. Sentemonos aqui si te parece, y pues la casualidad ha fomentado esta conversacion, saquemos de ella la utilidad que pueden dar de sí nuestras respectivas observaciones, conviniendo con imparcialidad, en cual de los dos observa un método de vida mas agradable y provechoso. Yo me levanto comunmente, al principiar á dar el sol en las cumbres de esos montes: agarro mi báculo, que es el apoyo de mis años, y paso á recorrer esas praderas respirando el ayre puro y fresco de la mañana, que dispierta mis sentidos y vivifica mis espíritus. Aqui encuentro á un laborioso jornalero, que bostezando aun, camina con su yunta al sitio de su fatiga. Alli veo descender de un cerro al pastorcillo sin cuidados, alternando con los validos de sus corderos retozones, las voces de un rustico instrumento. De otro lado miro acercarse una tropa de lindas y aseadas vendimiadoras, entonando sus festivas cantinelas, y asi lleno de impresiones agradables, vuelvo á mi quinta, y con mi frugal desayuno, satisfago el apetito que excité en el paseo.

Derikson. Yo entre tanto gozo de la comodidad de mi cama hasta las once, en que un criado me ayuda á vestir, y me previene la pipa y el almuerzo. Salgo comodamente en mi coche, visito al mal humorado Ministro, y le compadezco en medio de un enjambre de importunos pretendientes: al palaciego engreido que le alimenta: al Joven petimetre, á quien encuentro ocupado en perfumar su ropa, en consultar con el espejo, en escribir el amoroso villete, en ensayar un bals, ó en otras miserias de esta clase: á la superficial miledi barnizando perfectamente su rostro, insultando á la cuitada modista porque ha hechó un pliegue mas en la cintura del vestido, ó cubriendo de imprecaciones á la camarera porque se descuidó un momento en traer á la perrita el te con leche; y lleno de tan cómicas escenas, doy la buelta á mi casa, y me entrego á las delicias de una abundante mesa, rodeado de unos entes que solo me acompañan á este acto. He aqui, pues, dos estremos bien opuestos. Tú eres feliz en el seno de la soledad y el sosiego; y yo no pudiera serlo fuera del bullicio y sociedad de un pueblo grande. Tú sacarás deleytes, é instruccion, en la alagüeña contemplacion de la naturaleza, y yo hallo uno y otro en él examen del hombre, á quien estudio en las numerosas concurrencias. Asi á nuestra imitacion, el joven Eduardo, sin salir del punto en que le fijan sus años, es tan feliz como nosotros, entregado sin cesar á esas pequeñeces que se ofrecen á tus ojos tan despreciables y ridiculas.

Milord. Iba á demostrarte la preferéncia que merece mi sistema, y la aparente felicidad, que te resulta del tuyo; pero se acercan mis visitas, y el objeto que las trae, no dejará de preparar tu corazon al convencimiento de la verdad.

Salen Derik, Ricardo, Tompson, Ulrica, y Eduarda.

Tompson. Felices los tengais señor Milord.

Milord. Bien venidos mis amigos.

Tompson. Hemos recibido una órden vuestra, y venimos á ver lo que teneis que mandarnos.

Milord. Hey. Estos son, Derikson, mis tertulianos comunmente. Saca lo que te mandé prevenir esta mañana. (*Á Jorge que vuelve á partir.*) Con ellos paso una parte de la noche, ya leyendoles alguna buena obra de moral, de educacion, ó de historia, ya contandonos algunas de nuestras agradables aventuras, ó ya tratando

los medios de fomentar la agricultura, y las artes; despues tienen la bondad de acompañarme á cenar, y á una hora cómoda, nos retiramos cada uno á gozar de un sueño libre de cuidados, de penas, y remordimientos. Aqui no conocemos el estio, porque como el trato es sincero, el trabajo es util, y los placeres son puros, nada llega á cansarnos ó enojarnos. (*Vuelve á salir Jorge con un azafate, en que vendrá lo que indica el dialogo.*) Y para que veas que nuestra sociedad no es de aquellas en que destruye el juego las mas opulentas casas; en que el pudor de la opinion de las honestas damas se pierde; en que la maledicencia se encarniza; en que el Gobierno mas justo y mas celoso es censurado; y en fin, en que cuando menos se pierde, viene á perderse el tiempo, vas á ver cuan provechosas son nuestras veladas al estado, á la naturaleza, y á los hombres todos. Nuestro laborioso Derik, interesado en el bien de la humanidad, y el adelantamiento de la industria, acaba de presentar una bomba para transportar á los incendios gran porcion de agua, la cual conduce con la mayor facilidad y prontitud un hombre solo, despidiendola con impetuosidad, hasta cuarenta pies de altura, y yo, no por recompensa, sino por una prueba de mi amistad, le he destinado este pequeño regalo de veinte libras esterlinas. (*Lo toma del azafate y se lo da.*) Á Tompson, inventor de un arado con dos rejas, tan sencillo y tan ligero como los que usamos de una sola, le presento esta espresion de cuarenta. (*Lo hace.*) Otras tantas hay aqui para el aplicado Ricardo, que acaba de construir una noria, la cual sin otro auxilio que una sencilla maquina, carga en dos minutos cuatro órdenes de arcaduces, y en otros dos los vacia en cuatro conductos, por los cuales facilita el riego á un tiempo, por otros tantos puntos á una huerta. Ulrica, que es inventora tambien de un torno muy sencillo y del método de hilar en él doble porcion de lino, de la que se hilaba en los tornos conocidos, tiene aqui un dote para casarse con su amado Spenser, de cuya pronta boda seré yo mismo padrino. (*Se lo da.*) Tú Eduarda llevarás á tu impedida madre estas veinte libras en prueba de lo que aprecio los progresos que han hecho bajo su cuidado y enseñanza las niñas, entre las cuales digo, quiero que reparta con igualdad estas cuarenta.

Tompson. ¿Quién, señor, no amará el estudio, y buscará el adelantamiento si vos lo promoveis y apresiais tan generosamente?

Milord. Artistas aplicados, continuad en vuestro estudio y desvelos, seguros de que el estado os compensará, y que os bendigan los hombres... Y bien, Derik, ¿hicisteis la averiguacion que os encargué?

Derik. En cuanto fue posible. Esta es la nota. (*Le da un papel.*) Hombre apreciable, tu conducta debe cubrir de rubor á todos los de tu clase.

Milord. Oh! qué dulces lágrimas (*Aparte despues de leer.*) arrancan del corazon estas acciones virtuosas!

Derikson.. ¿Pueden comunicarse, Milord?

Milord. No; que las tendré encubiertas. Todos los años acostumbro á informarme con sigilo de los actos de humanidad y beneficencia que se hacen en esta aldea inmediata, que es uno de mis estados, y despues tributa mi sensibilidad á cada uno el aprecio que merece. Los que he podido averiguar Derik son estos:

Lee. »Eduarda y su madre velaban »tres horas mas cada noche, para »asistir con el producto de la labor »que hacian en ellas, á una pobre »viuda, y á un niño que tiene

» de tres años. El anciano Tompson » ha recogido á dos huerfanos hijos » de un artista, obligandose á mantenerlos hasta enseñarles un oficio. » El viejo Spenser ha dado una de » tres caballerías que mantenía para » su lavor, á un pobre traginero, » que por habersele muerto la que » tenía, no podía conducir sus frutos á Londres. Entre el señor Súmers, el señor Jorge y la camarera del señor Milord, han reparado á su costa el daño que hizo » el fuego en la casilla del ciego » Virmen. (*Jorge baja los ojos, y se va.*) El joven Enrique el tejedor, repartió su ropa entre un pobre mendigo y sus hijos, que llegaron desnudos á la aldea, despues » de hospedarlos en su casa nueve » dias que tardó en curarse de unas » calenturas el padre. »

Derik. Esto es cuanto he podido saber.

Milord. Queda á mi cargo el recompensar la virtud de todos, y al vuestro el de continuar avisándome de cuanto en esta parte supiereis. ¿Ves, querido Derikson, las verdaderas satisfacciones que me proporciona el vivir en esta quinta? si residiera en la corte, ni tendría probablemente estos motivos de desahogar mi sensibilidad, ni medios con que hacerlo; pero libre aquí del enorme gasto de libreas, trenes, sumtuosa mesa, concurrencia á los teatros, y otros artículos de lujo, casi indispensables allí, lo destino á estos objetos sin atraso de mi casa, y con un indecible gozo de mi alma.

Derikson. Es inegable, Milord: y te confieso francamente, que nunca se presentó á mis ojos, mas recomendable que hoy la vida del campo; pero tambien debemos convenir en que se necesita una vocacion como la tuya, para renunciar la variedad encantadora de los placeres de una corte, y el papel brillante que representabas en ella, por venir á obscurecer tu gerarquía, entre una porcion de honrados labradores.

Milord. En conveniendose el hombre de que deja el humo, el oropél y la apariencia por la realidad, se prepara facilmente á un cambio tan ventajoso.

Sale Súmers. Cuando gusteis, está la comida pronta. Buena la hemos hecho. (*Aparte á Milord.*)

Milord. Cómo?

Súmers. Acudid pronto, que ha ocurrido un accidente...

Milord. Voy allá al instante. Y bien, amigos partid á vuestras respectivas obligaciones, y no me negueis jamás vuestro amor y compañía.

Tompson. Siempre sereis nuestro legitimo señor: nuestro bienhechor, y nuestro maestro en la práctica de las virtudes.

Derik. Dios os conserve para bien de nuestra aldea.

Todos. Amen. (*Vanse los Aldeanos.*)

Milord. Hasta la noche mis amigos.

Súmers. Vamos, no andeis con esa sorna.

Milord. Ven Derikson, gozarás de una frugal, pero pacífica comida: la sazonaremos con la narracion, que te haré, de mil anécdotas interesantes de estas apreciables gentes, y sobre mesa te llevaré á admirar las obras útiles y curiosas con que he enriquecido esta posesion.

Derikson. Vamos en buen hora.

Milord. Y si quieres hacer mi felicidad cumplida, renuncia para siempre esa engañosa babilonia, y ven á acabar pacificamente tus dias con tu adorable familia en el seno de la paz, de la amistad, y de la naturaleza.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete ricamente amueblado.
Milord y Súmers.

Milord. Pero bien, ¿qué es lo que tú crees?

Súmers. Yo no creo nada. No se mas que vinieron á llamarme para no se que pamplina, y que al volver salia el señorito del gavinete, y me dijo: Súmers socorre á esa muger al instante: que yo entré y la hallé caida en tierra sin sentido.

Milord. ¿Pero qué te dijo la muchacha cuando volvió de su trastorno?

Súmers. ¿Pues no os lo vine diciendo todo? cuidado que estais de unos dias á esta parte... ¿y qué es lo que os dijo á vos, vaya?

Milord. Que sorprendida de ver entrar un jóven, en una estancia donde se creia oculta...

Súmers. Pues bien, eso mismo me dijo á mí, sin poner ni quitar una palabra, despues de lloriquear un largo rato. Ahora me pidió con mucha instancia un tintero y un pliego de papel, y la dejé escribiendo: pero por lo que pueda tronar me traje la llave en el bolsillo y la dejé encerrada.

Milord. Ha comido?

Súmers. Que comer ni que... nada, no he podido reducirla; solo la taza de caldo y el sorbo de vino que la hice tomar cuando entramos.

Milord. Bien: pues no me la dejes sola, Súmers, mientras que yo acompaño por el jardin á Deriksou, estate tú con ella, y mira si logras descubrir alguna cosa.

Súmers. Pero no os tardeis, porque yo tambien suelo comer todos los dias... es que como sois tan pacienzudo...

Milord. Haré por desprenderme de él en cuanto antes... (*Vase.*)

Súmers. Dios lo quiera. Señor, quien será aquesta muchacha, ó que la habrá sucedido que no quiere que la vean, y todo se la vuelve clavar los ojos en el cielo, suspirar y llorar, y... si algun mozuelo...

Sale Eduardo.

Eduardo. Súmers, ¿ha vuelto en sí la muchacha?

Súmers. Si señor, si, ya volvió, y tambien me dijo...

Eduardo. Cómo? que es lo que te dijo... (*Consternado.*) responde... (*Súmers le mira con atencion sin responderle.*)

Súmers. Si lograra yo sacar una verdad de una mentira... (*Ap.*)

Eduardo. Habla mostrenco: ¿qué te dijo?

Súmers. Qué la dijisteis vos á ella?

Eduardo. Yo nada.

Súmers. Pues ella á mi tampoco, con que pata.

Eduardo. Quieres no ser machacon?

Súmers. ¿Quereis vos, hacer mas confianza de Súmers?

Eduardo. Cree que no la hablé una palabra.

Súmers. ¿Pues qué la hicisteis, que yo la hallé en el suelo desmayada?

Eduardo. Hombre, yo entraba en busca de un papel...

Súmers. Ya, de un papel.

Eduardo. Y apenas me vió, se asustaría...

Súmers. Sin duda, como sois tan feo...

Eduardo. Que se yo, que diablos se le figuró... lo cierto es que de repente se cayó en el suelo.

Súmers. De repente? hizo mal en no pensarlo antes.

Eduardo. No seas tan malicioso, y cuentame lo que te dijo.

Súmers. Que, sino me dijo cosa alguna.

Eduardo. Bien: nada me importa: que sí me importa ahora es hablarla á solas un momento.

Súmers. Hablarla, eh? y á solas? es nada lo que queriais.

Eduardo. Pues ello es indispensable.

Súmers. Vos habeis perdido la cabeza, ¿con que, yo mismo me había de atrever?...

Eduardo. Mira que me importa mas de lo que piensas, el hablarla.

Súmers. A vos sí, yo lo creo que os importará: pero á mí, no señor, de ningun modo.

Eduardo. ¿Á qué me enfado y hecho la puerta del gavinete abajo?

Súmers. Á bien, que yo no hé de levantarla.

Eduardo. Pues bien; ¿á que te rompo á tí la cabeza, si vuelves á replicarme?

Súmers. Pero, señor...

Eduardo. Mira que no reparo en nada.

Súmers. Él es tan atravesado, y tan loco, que... *(Ap.)*

Eduardo. No vas?

Súmers. Con que ello, yo hé de pasar la plaza de...

Eduardo. No seas plomo, y dejame aprovechar estos momentos, que están en el jardin los dos milores.

Súmers. Se puede dar un muchacho...

Eduardo. Qué gruñes? marcha.

Súmers. Si yo pudiera avisar de esto á su padre... *(Ap.)*

Eduardo. Y cuenta con que nadie sepa que ella habló conmigo.

Súmers. Pero, señorito, será cosa que la muchacha.... quiero decir, que vos... yo ya se que sois hombre, y que teneis juicio; pero como suele el diablo cargarlas...

Eduardo. ¿Habrá viejo mas socarron, mas impertinente y mas pelmazo? no quiero mas que hablarla de un asunto el mas interesante, para ella, y para toda esta casa.

Súmers. ¿Qué diantres de misterios serán estos? con qué voy por ella?

Eduardo. Sí, hombre.

Súmers. Y qué la diré?

Eduardo. Que deseo hablarla.

Súmers. Ya; pero..... ¿y si ella no quiere?

Eduardo. Anda con cinco mil y mas... (*Le echa á empellones.*) ¡Jesus que pelma! Y bien, señor Eduardo, ¿qué hemos de hacer en este caso? en verdad que yo no se lo que me haga. Por vida de la casualidad! ya se vé ¿cómo hé de tapar yo la boca á una muger ofendida? vaya es preciso convenir que soy un calavera. Pero, señor, ¿quién la habrá traido á esta casa, y en el dia critico de mi boda? si siquiera hubiera sido despues... callaría... ¿qué habia de hacer? es que es un chasco de marca. Porque no hay que hacer, si llega á saber mi padre la cosa, ya tengo habitacion en un castillo para dias. ¿Y cómo hé de impedir que lo sepa? porque si Federica ve mañana, que voy á casarme con otra, chillará, y la oirán los sordos. Por vida de... no hay mas remedio que ver si puedo persuadirla... pero sí, que la muchacha habrá quedado arregostada á creer en mis promesas.

Salen Súmers y Federica.

Súmers. Vaya ya está aquí.

Federica. Ya tiemblo al verle!

Eduardo. Pues bien, ahora es necesario que cuides de que nadie nos sorprenda.

Súmers. No faltaba ya otra cosa, sino que me pusiera yo de centinela.... vaya, señorito, pensad con mas honradez de Súmers, porque sino... pues ciertamente que el empleo es de los mas á proposito para mi genio y mis años.

Federica. Cuánto sufro Dios mio!

Eduardo. Basta que yo te diga que no receles nada: mira, quedate allí á la vista, y avísanos con tiempo si viniese alguno.

Súmers. Eso ya es otra cosa.

Eduardo. Vete, vete, que luego sabrás...

Súmers. Bien, voy allá corriendo. Soy tan corto de vista que sino me calz*

las gafas... (*Se las pone.*) Ahora no se escapará cosa alguna. A buen seguro: lo que siento es que no se hayan inventado tambien gafas para los oidos. *Vase.*

Federica. ¡Cuanto rubor me cuesta aun el mirarle!

Eduardo. Pues, señor, manos á la obra. Federica, tú habrás acriminado, con razon, mi proceder contigo: habrás maldecido el momento en que llegaste á verme: te habrás arrepentido de amarme: y habrás deseado mil veces mi castigo. Ya se vé, abandonarte... ¿y cuándo? cierto que fué mal hecho! pero creeme no tengo yo la culpa. Suponte tú que le dá á mi padre la tentacion de casarme, y que sin decirme nada viene á Londres, me hace entrar en una silla de posta, y me conduce á Vindsor, que era el lugar donde residia la joven con su madre. Ya ves: ¿qué habia yo de hacer en este caso? la misma noche me hacen firmar el contrato, y... vamos no tuve arbitrio para nada. Si tú supieras como estaba mi corazon. Ahora, mira tú, una muger que yo no conocía, y dejarte á tí por ella... vaya, yo no se como no me volví loco. En fin que vuelvo á Londres, que te busco, que inquiero, nada, no hay quien me dé noticia alguna. La verdad: ¿que se yo los juicios temerarios que hice? entre estas y las otras se apresura nuestra boda, y se fija para hoy; pero la casualidad de ponerse mala la novia, ha sido causa de que se difiriera hasta mañana. ¿Pero cual sería mi gozo y mi sorpresa al encontrarte hoy en esta casa sin poder adivinar el motivo? bien sabe Dios lo que me costó el contener mi cariño. Yo conozco; toma, ¿no he de conocer mi calaverada? pero en el dia ya... qué remedio? comprometido tan sagradamente mi padre: sabedora toda la nobleza de Londres, dispuesto ya todo para nuestro enlace ¿qué conseguiría con publicar tus derechos? descubrir tu agravio, esponerme á las irar de mi padre, y... vamos, vendria á ser un escándalo, y no adelantariamos nada. Yo decia.... ya ves tú quien lo sentirá mas que yo; pero si es preciso te halles en un estado... mira esta desgracia nadie la sabe: yo tengo cerca de aquí una viuda que fue muger de un mayordomo nuestro, y vive sola con su hija: si tú quisieras, yo te llevaría á su casa con el mayor sigilo, y...

Federica. Basta hombre perverso, que no se como he tenido sufrimiento para escuchar tus injurias. No quiero traerte á la memoria mi candor, ni mi resistencia á tu depravada seduccion. No quiero recordarte tus palabras, tu fingido amor, tus juramentos; porque en un corazon corrompido, como el tuyo, ¿que impresion han de hacer esos recuerdos? solo quiero que fijes en mi tus ojos, y que contemples la obligacion que has contrahido. Dices que tu padre trató sin tu noticia tu himeneo: ¿y porqué entonces como noble, como amante, como hombre honrado solamente, no llegaste á descubrirle nuestro estado? ¿por qué no imploraste su compasion hácia nosotros? ¿por qué en fin, en caso necesario, no hiciste valer tus derechos y los mios en cualquiera tribunal de Londres?

Eduardo. Eso es lo que yo pensaba hacer: ¿pero de qué nos hubiera servido teniendo él tanto influjo?

Federica. Calla injusto, y no por sincerar tu culpa quieras denigrar la providad respetable de tu padre. Y en fin, cuando ni en él, ni en los jueces hallára apoyo nuestra causa, debias morir primero, que volver la espalda á tu promesa, á tu deber, y. á

la sencilla joven que engañaste. ¡Pero abandonarla en su conflicto! bárbaro, ¿sabes por ventura á lo que espusiste á esta infeliz? no te ocurrió un momento la afliccion en que quedaba? no te pintó tu mismo remordimiento, las penas, los trabajos, las amarguras que me esperaban por tu causa? ah! corazon de tigre! ¿en qué te ofendí yo, para que me dieras ese pago? ¿cual es mi culpa? dime. ¿El amarte como yo te amaba? el haber fiado en tus promesas? el creerte un joven honrado y virtuoso? si, hombre de perversion y falsedad. Me abandonaste cruelmente, y yo aflijida, sola, sin recursos, y acompañada solo de mi atroz remordimiento, te busqué por todas partes. En vano: pues el fingido nombre con que te presentaste á mis ojos, de nadie fue conocido: contempla mi desesperacion con semejante desengaño. Cubierta de rubor é infamia, salgo una noche de Londres, resuelta á esconder mis negros dias en la espesura de un bosque; camino con este objeto mucho tiempo, sin atreverme á entrar en poblado, sufriendo toda suerte de humillacion y quebrantos. Mil veces, sí, resolví acabar yo misma una existencia que me era insoportable; pero otras tantas oí dentro de mí una voz que me decia: ¿por qué he de pagar yo tu crimen? y llena de ternura corría á implorar una limosna de los pasageros. Rendida al peso de mis trabajos, llegué al espantoso bosque que está inmediato á la quinta, donde hace cuarenta dias que vivo sepultada, sin otro alimento que algunas frutas silvestres: hasta que ya desfallecida esta mañana, salí al camino buscando una alma caritativa que salvase el desgraciado fruto de tu perfidia y mi flaqueza. Me halló en el suelo y sin sentido, tu padre. Ah! cuán poco heredaste su sensibilidad! hombre virtuoso y respetable, ¿por qué no comunicaste á tu hijo, tus generosos sentimientos? ¿por qué no le diste tu honradez, tu providad? no gemiría yo, en el estado de amargura en que gimo; no hubiera vertido tantas lágrimas, ni hubiera conocido jamás la humillacion, y la afrenta.

Eduardo. Pues señor, tiene razon que la sobra: he sido un botarate.

Federica. En fin, ya para colmo de mi desesperacion te encuentro... ¿y cómo? comprometido con otra. ¿Y dónde? en una casa que abrigó mi desamparo tan generosamente, y hallo.... á quién? al hijo mismo del único mortal que se dolió de mi suerte, y tan de veras se interesa en repararla. ¿Cómo pues, ocasionarle el disgusto de que sepa tu proceder execrable? ¿cómo acibarar el gozo que espera con este proximo himeneo, reclamando mis derechos? ¿cómo en fin, comprometerle á faltar á su palabra, por que tú cumplas la tuya? no, yo no seré jamás ingrata á la piedad que debo á tu padre: no turbaré su paz y su alegría, con una demanda tan desagradable: no pasará el dolor de saber que el depravado joven que sedujo mi inocencia, y á quien ofreció buscar para que redimiese mi opinion, es su propio hijo. Goza perjuro, de tu nuevo amor, pero no esperes que tu esposa te guarde mas fidelidad, que la que tú me guardaste. No, sufrirás la misma pena que sufro yo por tu culpa: serás aborrecido de la que mas amas: serás abandonado, y arrastrarás por tu vida el duro peso de los celos y la infamia. Ah! no, Dios mio, no le hagais sufrir tal linage de tormento: yo ruego por el ingrato: yo le perdono: sí, yo

te pido paz, y felicidad para él y para su esposa. Oye mi prez, y caiga tu bendicion sobre este lazo. Yo voy á complacerte: porque asegures tu ventura, saldré al momento de esta casa, me alejaré de ella y de tí, para siempre. Caminaré hácia la muerte, y arrastraré conmigo al sepulcro un ser... ¡oh que idea tan negra y aflictiva! ¡qué imágen tan espantosa para mi ternura! bárbaro, contempla un instante, sí, los dos vamos á perecer por tu causa: á Dios; pero infeliz de tí, si alguna vez te acuerdas de lo que has hecho. (*Vase.*)

Eduardo. Lo dicho dicho, soy un calavera de marca: soy un atolondrado, y aquí que no me oye nadie, he sido un pícaro de tres suelas. Los consejos de aquel Jacobo... señor, y quien habia de pensar tampoco que resultase... pobrecilla! sobre que me ha hecho llorar. Vean ustedes, á donde ha de ir esa criatura del modo que está. Vaya, yo no debo consentirlo: merecia que me asaeteasen: pero vamos ¿qué he de hacer para estorbarlo? qué? ya está resuelto: yo he causado sus males, debo repararlos á toda costa. Un hombre bien nacido puede cometer una ligereza; pero no debe mirar con tal abandono su opinion, y la de una joven honrada. No, señor, no; Súmers? qué os ocurre?

Sale Súmers. ¿Es hora ya de relevarme del planton? cierto que teneis unas cosas...

Eduardo. Ten paciencia.

Súmers. Pero en fin, habeis sido mas hombre de bien que lo que yo creia.

Eduardo. No, te engañas, pero lo seré, no lo dudes; corre ahora, y no te apartes un instante de esa joven.

Súmers. Otra te pego. ¿Con qué salgo de una centinela, y sin descansar me encargais otra?

Eduardo. Es preciso, Súmers.

Súmers. Ya, pero tambien es preciso que yo coma.

Eduardo. No conviene perderla un punto de vista.

Súmers. Señor, yo guarda mugeres! mejor quisiera que me sentenciarais á galeras.

Eduardo. Por Dios, no te detengas.

Súmers. ¿Pero no podré yo saber que es ello?

Eduardo. Va á abandonar esta quinta.

Súmers. Cómo! por qué? pues...

Eduardo. Luego sabrás el motivo, vé, y de modo ninguno consientas que se marche.

Súmers. Qué he de consentir! habrá mocosa! voy, voy; loco me han de volver hoy entre todos. *Vase.*

Sale Milord. Donde está Súmers?

Eduardo. Ahora acaba de salir de aquí á una cosa muy precisa.

Milord. Mientras Derikson descansa un rato voy...

Eduardo. Si pudierais deteneros un momento...

Milord. Vuelvo al instante.

Eduardo. Es que urgía tanto...

Milord. Alguna bagatela de las que ocupan tu cabeza.

Eduardo. Ojála!

Milord. Pues vaya, ¿qué es lo que tienes que decirme?

Eduardo. Temo tanto el enojaros...

Milord. Como! ¿has hecho alguna travesura?

Eduardo. Si señor, y grande.

Milord. Pues no me ocultes nada; soy tu padre, y te ayudaré á remediar el daño.

Eduardo. Oh! si yo supiera que habias de perdonarme, pero...

Milord. Habla, y no me tengas mas tiempo en confusion.

Eduardo. De modo que ya os acordareis de aquel Jacobo que solía acompañarme á casa...

Milord. Sí, desde luego me pareció

un pájaro de cuenta.

Eduardo. Mas me valiera no haberle conocido.

Milord. Pues qué?

Eduardo. Ya se vé, un dia me llevó á ver á una joven... ¡si vierais qué juiciosa! qué linda y qué modesta! hablamos, y despues volvimos á visitarla, y cada vez me encantaba mas aquella joven: y al fin, nos declaramos, y yo... soy un calavera, padre, lo confieso, llevado de los consejos de Jacobo, ofrecí casarme con ella.

Milord. Habrá muchacho mas ligero! ¿con qué sin saber su condicion, ni examinar sus circunstancias, comprometerte?

Eduardo. Eso si señor: vaya, como que su padre es un hombre... yo no se que me dijeron que era: pero en fin, es un sujeto visible. Y el caso es, que en la confianza de que habiamos de casarnos...

Milord. Abusarias tal vez...

Eduardo. Harto me pesó despues. Y lo peor fue que porque no me riñeran, no quise volver á verla.

Milord. ¿Y cupo en tí una conducta tan infame?

Eduardo. Tambien dió la maldita casualidad de que tratarais vos esta boda: ya se vé; luego que me llevasteis á Vindsor á ver la novia, despues aquella partida de caza... todo se juntó para que no volviese á saber de ella.

Milord. ¿Pues qué, se ausentó de Londres?

Eduardo. Si señor, vea usted que arresto de muchacha: sola por esos caminos, y á qué? á buscarme, á Dios y buena ventura.

Milord. ¿Y tú contemplas su suerte sin horrorizarte? Hé noramala para tí: ¿son esos pensamientos de un hombre bien nacido? ¿inspira esa conducta una ilustre sangre? ¿con que mayor bajeza, se hubiera comportado el hijo de un verdugo? y luego querrás hacer alarde de tu excelsa cuna, y luego exigirás que te guarde el mundo la consideracion que á un principe. Y ¿por qué, si la vileza de tus obras desmienten así la elevacion de tu linage? en el tribunal del juicio, el hombre es hijo de sus hechos, y si estos son infames, por mas que alegue en su favor la gloria de sus ascendientes, siempre será tenido por infame. ¿Qué reputacion esperas tú lograr en el mundo, despues de una conducta como esa? dirás: soy hijo de un Milord, y te responderán con justicia: » mentís, que un » Milord, no engaña con bajeza á » una doncella honrada » dirás: soy un jóven de calidad; y te responderán, » mentís, que si lo fuerais » no faltariais á la palabra que la » disteis. » El verdadero mérito del hombre, no está en haber nacido noble por acaso, sino en hacerse noble por medio de sus virtudes. Una mala accion basta á perder la reputacion del hombre, y mil acciones buenas, no bastan despues á recobrarla: ¿pues cómo quieres presentarte ya á los ojos de los hombres, cubierto de una infamia? ¿crees que esa infeliz llevada de su enojo, no habrá dicho: el Milord Donbay, es quien me ha engañado? ¿y tal ha de decirse de mi hijo? primero beberia yo su sangre. No, en el momento has de buscar á esa joven: sepamos que obligaciones la debes, y de que modo has de llenarlas: entre tanto, yo buscaré un medio honesto de dilatar esta boda: en el supuesto, Eduardo, de que hasta ver á esa joven satisfecha de su agravio, yo mismo he de ser fiscal de tu delito, y defensor de su causa.

Eduardo. Derikson llega.

Milord. Dejame, pues, con él á solas.

Eduardo. Bien, bien, no creí yo salir tan felizmente del apuro.(*Vase.*)

Sale Derikson.

Milord. Ahora iba yo en tu busca, Derikson, con un objeto muy desagradable para entrambos.

Derikson. Desagradable?

Milord. Y mucho, por cualquiera aspecto que se mire. Te anuncio con pesar mio que no puede ya verificarse el enlace de tu sobrina con mi hijo.

Derikson. Cómo? tal ha pensado siquiera un hombre de tu providad y tu carácter? ¿podría por motivo alguno violar Milord Donbay, un contrato firmado por su mano? ¿sufriria yo?...

Milord. Cálmate y escucha. Eduardo sin mi aprovacion, se comprometió á un enlace que no podia contraer por no ser libre. Fue culpable, no lo niego: pero de su falta de franqueza no debo ser yo responsable. Estaba ya comprometido seriamente con otra honrada joven. Y aunque por temor á mí no se ha atrevido á declararlo, acaba ella misma de presentarse reclamando el cumplimiento de una obligacion tan auténtica... En fin he reconvenido á Eduardo, con toda la severidad, que merecian sus yerros, y él los ha confesado firmemente, implorando mi perdon, el tuyo y el de tu familia. Pero ni yo cumpliera con mi modo de pensar sino pusiese á cubierto la opinion de aquella joven, ni mi hijo se justificaría á los ojos del mundo, y á los de Dios, si se negase á pagar una deuda tan sagrada.

Derikson. Pues yo, Milord, no puedo consentir un desaire que ponga en duda tal vez la reputacion de mi sobrina. Si Eduardo, como dices, se halla ya comprometido con otra, tuviera mas honradez, y...

Milord. Despacio, que aunque el culpado es mi hijo; no es lo mismo incurrir en una ligereza de joven, que dejar de ser honrado. Contrajo una palabra contigo por obediencia á su padre: calló la que tenia dada por temor de enojarle, y no creer que su travesura tuviera la trascendencia que ha tenido. Mas hoy que la conoce, tiene la grandeza de decirme voluntariamente su culpa, y querer pagar su deuda: ¿qué mas honrado hubiera sido en este caso Derikson?

Derikson. No engañára por obediencia ni por miedo, á un padre, á un amigo y á una dama: y en fin, ¿es esa joven de la gerarquía de Jacoba?

Milord. Aunque para proceder como debo, me basta conocer su justicia, tengo alguna prueba de que no es de un linage obscuro.

Derikson. Sin embargo debemos cerciorarnos, y si como lo creo, lo fuere, acaso podrán los intereses dejar su queja satisfecha, y quedar libre Eduardo, para cumplir su nuevo empeño.

Milord. El oro jamás curó la opinion llagada.

Derikson. Y qué ¿prescindirás de su nacimiento para enlazarla con tu hijo?

Milord. Solo sé que las leyes de la providad no dan ni quitan la gravedad á la culpa por respeto á la calidad del reo, ni aumentan ó disminuyen la satisfaccion á proporcion de la clase del quejoso. Todos los culpados son iguales á sus ojos, y todos los agraviados son igualmente atendidos.

Derikson. Y por respeto á esas leyes, ¿será bien que se envilezca tu linage?

Milord. El crimen es el que envilece al hombre; pero desviado de este principio recto, el potentado orgulloso cree envilecerse, no solo en el

enlace, sino en el simple roce con el artista, ó menestral virtuoso, al paso que engaña, estafa, seduce, insulta, viola su palabra, falta á la sana fe, y descansa en el seno de los vicios, sin miedo de empañar siquiera su lustre con tan soez conducta. No, Derikson: jamás creeré ofender mi noble generacion por hacer esposa de mi hijo, á una joven honesta y virtuosa, aunque no sea de elevada estirpe. Pero no es de este momento el discurrir sobre opiniones. La mia es esta, y en su obsequio estoy determinado á dejar bien puesta la reputacion de esta joven, casandola con mi hijo.

Derikson. Pues yo lo estoy tambien á llevar mi queja al supremo tribunal de nuestras leyes, y cuando ellas no me diesen la satisfaccion que espero, sabré tomarla á pesar del deudo y la amistad que nos une, del modo que acostumbran los hombres de mi clase. (*Vase.*)

Milord. Va enojado: no me espanto, que ama á Jacoba tiernamente, y sentiría en el alma este desayre aparente.

Sale Eduardo. Ah padre mio! que bondad la vuestra; vos perdonais mi yerro, y vais á hacer dos criaturas felices.

Milord. Derikson...

Eduardo. Todo lo oí, señor, pero yo espero que despues que se sosiegue...

Sale Súmers. Señor, yo no estoy ya para guardar locas de atar: esa muchacha está frenética: resuelta á abandonar esta quinta, no bastan ya ni ruegos, ni consejos, ni amenazas, para detenerla. ¡En qué me he visto para dejarla encerrada, y venir en posta á avisaros!

Eduardo. Ah! cuanta es su gratitud á vuestras bondades! por no impedir mi casamiento; por no daros el disgusto de que sepan mi culpa...

Milord. Cómo? pues que esta joven...

Eduardo. La misma, á quien mi poca cabeza...

Milord. Dios mio! de qué alegría se llenó mi alma! sigueme Eduardo: tú tambien Súmers, ven apriesa.

Súmers. Dejad que busque primero unas piernas nuevas.

Milord. No te detengas, corramos á enjugar sus amargas lágrimas. (*Vanse.*)

Súmers. Todo es misterios, todo enredo, todo confusion, y yo sin comer á estas horas, que es lo que mas siento.

⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘⚘

ACTO TERCERO.

El mismo gavinete del anterior.
Federica y Súmers.

Súmers. Conqué volvemos á la cancion, sin embargo de lo pasado. Digo que sino delirais, á lo menos no estais en vuestro sano juicio. Hallais aquí sin pensar, al que causaba vuestras penas: veis el empeño que hace el bonachon del Milord, en casaros con su hijo: veis el amor que os manifiesta, y sin embargo, erre que erre, en que habeis de darle tamaña pesadumbre. Yo no lo consiento, vamos.

Federica. Ah señor! si amais á vuestro dueño, si os interesa la paz y la ventura de esta casa, siquiera evitad un disgusto escandaloso á ambas familias: dejad que yo me destierre voluntariamente de este pacífico seno, donde vine á introducir una discordia eterna. Si, virtuoso anciano: vos oistes como yo la obstinacion del tio de esa señorita, que iba á casar con Eduardo.

Súmers. Bien ¿y qué hará con su obstinacion?

Federica. Está dispuesto á presentar su demanda, en el supremo tribunal.

Súmers. Ganancia para un lètrado, ganancia para los manipulantes; y pérdida de dinero, de tiempo y de paciencia para él solo.

Federica. Y ¿deberé yo consentir que dos varones de providad, rompan el nudo de la pura amistad que los estrecha, por mi causa? ¿que sus intereses padezcan, que sus familias sufran y que sus miras se malogren? no · yo sería un monstruo de ingratitud si llegase á permitirlo. Desapareciendo yo de esta casa, Eduardo se unirá á una esposa que formará sus delicias: se estrechará mas y mas el víneulo que unía á las dos familias, y reynará la paz y la felicidad eternamente en esta casa. Si señor, yo moriré con la mayor resignacion, sumida de trabajos, si logro así evitar tantos disgustos á Eduardo y su buen padre.

Súmers. Pues era buen modo de... vaya dejaos de tonterías, y tratad de tener mas juicio. Apuradamente era capaz el Milord si le faltase Federica... Pues no digo nada el señorito... y yo, vamos os queremos y se acabó.

Federica. Esa bondad me obliga mas y mas á sacrificar á la vuestra mi ventura.

Súmers. Pues eso es justamente lo que nosotros no queremos: sino que mala ó buena la gozemos todos juntos.

Federica. Bien, yo os ofrezco volver á morir en esta casa, despues que se verifique el himeneo de Eduardo: si, no me apartaré un momento mas de vosotros. Yo serviré feliz en vuestra compañía, aunque sea en clase de una ínfima criada.

Súmers. Por vida de... ¿Quereis callar y no hablar mas sandeces? sobre que el Milord os quiere por hija, Eduardo por esposa y Súmers por señora: á que vendrá... Señorito, (no hay que hacerme señas, porque no lo callo aunque me ahorquen) pues no

Sale Eduardo.

está empeñada en abandonarnos, y... ¿vea usted adonde habia de ir que mas valiera? y que yo la hiciera capa para ello, pues, como lo estais oyendo... vea usted, si habia yo de consentir.... En fin ya lo sabeis: con que podeis darla las gracias por sus buenos pensamientos. Valga por lo que valga, voy á llevar al Milord esta carta, que es sin duda la que escribió esta tarde y se la cayó al venir sin advertirlo. (*Vase.*)

Eduardo. ¿Será creible Federica, que en el momento mismo en que van á acabar tus penas y las mias, hicieses tal disparate? ¿conqué en el momento mismo en que volvemos á hallarnos por tan estraños rumbos, en el momento mismo en que el único que podía oponerse á nuestra dicha, se interesa en formarla para siempre, en el momento en fin, en que eres toda su delicia y la mia has soñado abandonarnos? ¿Ese es el amor que nos tienes?

Federica. ¿Qué mas amor quereis de una infelice que renuncia voluntariamente esa felicidad inmensa, por evitar un disgusto? ¿qué mas amor, qué mas virtud que condenarme yo misma á vivir separada de lo que mas amo en el mundo, á vivir sin opinion, á vivir envuelta en lágrimas, dolores y miserias, porque tu vivas dichoso con la esposa que eligiste? Por que la feroz discordia no turbe jamás la paz que reyna en este asilo, ni el áspid del encono muerda el corazon de tu virtuoso padre. Ah! si el cielo me destinara tanto bien á ménos costa vuestra! ¿qué criatura mas afortunada que yo en el mundo? Sí, tu ternura y la de tu padre excitarian la del mio, me alcanzaría su perdon y entónces, ¿que me quedaba que desear en la tierra?

Eduardo. Sí, pues mira, ni yo quiero

otra esposa que tú, ni la discordia aportará por esta casa, ni ese aspid se atreverá á morder á mi padre, ni habrá esos males que tú te has figurado. ¿ Qué puede suceder ? ¿ que ese viejo avinagrado se emperre en que ha de ser, que su circunspecta hermana revuelva el parlamento, que toda su prosapia chille, patee y se ahorque? ¿ Te parece á tí que cuando el seso de mi padre proteje nuestra causa, no habrá visto que es muy justa y que ha de salir con su empeño ? Pues sí, bonito genio tiene él para apoyar una injusticia, ni entrar con ligereza en un negocio sin ver antes la salida. No, no se parece á mí en eso. Tú verás que pronto ceden sus contrarios, nos casamos y vivimos en paz, y... por supuesto... ¿ pues no han de conocer el disparate que pretenden ?

Federica. Tú mañana tal vez te arrepentirás.

Eduardo. De mis caleveradas ? ya, ya lo estoy y tanto, si tú lo supieras...

Federica. No sino de perder por mi una esposa que adorabas. Tu sola honradez y el remordimiento del engaño con que procediste conmigo, te conduce á cumplirme tu promesa; pero tu corazon es de esa joven.

Eduardo. Cabalmente tuyo y muy tuyo, y sino como suelen decir las viejas, el tiempo doy por testigo; tú sola has reynado siempre en él, y tuyo será siempre : vaya no volvamos á la cuenta, yo tuve los cascos á la gineta y se acabó... Aquel, aquel maldito Jacobo... Que venga ahora á aconsejarme. No, ya soy un hombre de juicio y... no te engaño Federica, tú verás mi formalidad. Mi padre, mi muger, mis hijos y nada mas. Oh ! que paz tan octaviana la nuestra ! Sobre que nos han de tener envidia todos. Pues digo, si yo no pensára así, sería el mayor pícaro del mundo.

Federica. Ah ! cuan agràdable me será siempre su memoria, si logro verme unida á tí por los sagrados lazos del amor y del himeneo! ¡ Con qué placer esclamaré yo sin cesar! Bienaventurados trabajos, afortunadas lágrimas, bienhechoras aflicciones ! á vosotras debo toda la felicidad que gozo ; vosotras enternecisteis el corazon de Eduardo ; vosotras le recordasteis su deber, y vosotras me tragisteis al lugar de mi descanso.

Sale Milord. Oh ! que conjunto de venturas y estraordinarios accidentes! El gozó me tiene tan fuera de mi, que ni se lo que hago, ni.... Y bien ¿ está ya mas sosegada y contenta nuestra querida Miler Derikson?

Federica. Oh Dios!

Eduardo. Mi padre está soñando.

Milord. No esperaba yo que me pagaseis tan mal el amor que os tengo. ¿ Ocultarme á mí vuestro nacimiento ? ¿ No hacer esta confianza de un hombre que se comprometió de carazon á remediar vuestras desgracias ? No hay disculpa para eso; y á no ser porque este es dia de indulto, puede que no se me pasára el enojo tan presto.

Eduardo. Calle ! pues parece que vá de veras.

Federica. Señor, yo no quisiera que mi yerro cubriera jamás de afrenta á mi buen padre : yo no quería que pasara el dolor de saberlo hasta el postrer momento de mi vida, y resolví callar á todos mi padre y mi familia.

Milord. Bien, bien, lo cierto es, que á no ser por la carta que escribisteis hoy, y que se la ha encontrado Súmers casualmente, yo os recibiera por hija sin saber... Vamos, dadme un abrazo estrecho, si quereis que olvide esta ofensa ; (*Lo hace.*) y decidme ahora, ¿ habeis visto al huesped que tenemos ?

Federica. No señor.

Milord. Ni le oisteis nombrar en casa?

Federica. Tampoco.

Milord. Me alegro. (*Ap.*) Pues yo le he enviado á llamar, y tal vez cuando le diga quien sois se opondrá á que seais esposa de Eduardo: mas ya viene, retiraos y esperad en esa estancia. Tú dí á Sámers que no se descuide en desempeñar el encargo que le hice, é inmediatamente que llegue Jorge, que le dirija á esta estancia.

Eduardo. Sí, sí, pues señor, vamos á saber que carta es esta. (*Vase y Federica.*)

Milord. ¿Podráse dar un suceso mas estraño?... parece que Dios ha echado la bendicion en esta casa.

Sale Derikson.

Milord. Y bien, querido Derikson, ¿ha sucedido la calma á la turbacion en que quedó tu espíritu? ¿Has reflexionado la injusticia de tu oposicion?

Derikson. No Milord, cada vez estraño mas tu empeño, y cada vez me ratifico mas en semejante agravio.

Milord. Agravio? dónde está? ¿En qué le fundas? Solo quiero que me escuches un instante, sin interrumpirme ni alterarte. Dime, ¿es responsable un padre de los yerros de sus hijos? ¿tiene en su mano el evitarlos? no por cierto. Y bien, cometió Eduardo el de pervertir á esta muchacha prometiéndola ser su esposo: ignorante yo de su promesa traté de que lo fuera de Jacoba, y cuando vá á verificarse, se presenta aquella joven deshonrada, afligida, sola y fuera de la casa de sus padres. ¿Será razon que Eduardo vuelva la espalda á esta sagrada deuda, ni que la abandone yo cruelmente, en semejante conflicto? ¿sería proceder con nobleza? ¿lo harias tú en igual caso? No lo creo: dices que es un agravio á tu sobrina. Y porqué ha de ser agravio? ¿La há sacado del seno de su familia? ¿Ha contraido con ella otra obligacion que la de convenirse en ser su Esposo? No: luego ese agravio se funda unicamente en que no la cumple aquella simple promesa: ¿y qué perjuicio la ocasiona el no cumplirla? un desayre imaginado solamente, pues en el momento que sepa Londres los motivos, justificará la mia y su conducta. Y por no esponer á tu sobrina á ese desayre imaginado ¿quieres que dejemos á la otra joven, abismada en su deshonra, en su desesperacion, y en su conflicto? considérala por un momento hija tuya: ¿cual de las dos obligaciones te parecería mas fuerte? yo te hago juez de esta causa. Falla, que yo te juro, no oponerme de modo alguno á tu fallo.

Sale Jorge. Aquí está la respuesta. (*Dá una carta al Milord, y se vá: el Milord lee manifestando la mayor alegría.*)

Milord. Bien, vete; veamos el modo de pensar de Jacoba...

Derikson. Yo no debo ceder á ninguna consideracion. No es un ultrage á mi persona. (*Ap.*)

Milord. ¿Con qué Derikson, que resolvieras en el caso en que te pongo?

Derikson. No lo sé; pero sé que en el que estamos no debo consentir que una palabra que se me dió con tanta solemnidad, se quebrante impunemente. Y asi Milord, voy á partir á Londres á instaurar una demanda que yo reputo justa. Defiende tú en buen hora, la causa de esa incógnita, y enlázala si puedes, y conviene á los intereses de tu casa, con tu sangre y tu familia. Pero rompamos desde ahora el antiguo vínculo que nos unía, y á no mas vernos: los nombres de

deudo y amistad, no se oygan mas entre nosotros. Pase este resentimiento personal á los nietos de nuestros nietos, y el odio y la venganza.

Milord. No mas Derikson; te arrebatas facilmente, y se estravía tu razon llevado de ese impetuoso carácter. Mis años, mi esperiencia, y mi continua ocupacion en los libros, en estudiar las pasiones de los hombres, y dominar las mias, me han hecho tolerante, y en vez de resentirme de tus estrañas razones, las disculpo acá en mi corazon; sin embargo no puedo menos de dolerme que una joven de tan pocos años como Jacoba, te enseñe á obrar con generosidad, sacrificando á la virtud su amor y sus deseos.

Derikson. De qué manera?

Milord. Escucha: yo la escribí lo que pasaba francamente exigiendola que me manifestase su modo de pensar en este caso, y me responde así:

Lee. »Mi apreciable Milord; no el »amor que tengo á Eduardo, ni la »felicidad que esperaba de este en»lace, sofocarán la compasion que »me causa el doloroso estado en »que se ve esa joven. Yo renun»cio voluntariamente sin pesar cual»quier derecho que tenga á la ma»no de vuestro hijo. Recobre ella »su honor, y viva feliz con Eduar»do, al cual suplicareis de mi par»te que acredite su virtud y su »nobleza, pagando en el instante »una deuda tan sagrada.»

»Nada he comunicado á mi ma»dre segun me prevenís, &c.»

Representa. Tales son los sentimientos de Jacoba, dignos por cierto de mi eterno amor, y de la bendicion de los hombres: toma, repasalos, y considera el imperio que tiene la aflicion en cualquiera alma sensible. (*Vase dando la carta á Derikson.*)

Derikson. A la verdad, que no creí tanta virtud y solidez en ella; ¿pasar por el bochorno de ver disuelto un enlace á que estaba convidada toda la grandeza de Londres? pero ya que ella lo sufra, yo no puedo.

Sale Súmers, con otra carta cerrada.

Súmers. Cuando saldremos de tramoyas. (*Ap.*) Señor, con la batahola que hay todo el dia en esta casa, se me olvidó de entregar esta carta. (*Se la dá.*)

Derikson. De quién?

Súmers. Eso no se yo: una pobre que recojimos anoche en esta quinta, me rogó con mucho empeño antes de marcharse esta mañana, que la echara en la estafeta, creyendo sin duda alguna que estabais en Bristol: habeis venido casualmente, con que escuso de... ¿teneis que mandarme algo?

Derikson. No. (*Vase Súmers.*) Oh Dios! (*Viendo la carta.*)

Al paño el Milord, Eduardo, Federica y Súmers.

Derikson. Estoy soñando? no, Federica firma: toda es letra suya: ¿pues cómo, si murió segun entonces me escribieron, y ahora han confirmado sus maestras, en el colegio en que estaba? salgamos de dudas.

Lee. »Padre mio: ¿negareis por des»gracia, vuestra compasion á esta »hija delincuente? mi razon se es»travió un momento, y en él per»dí todo el fruto de vuestros sabios »consejos: me desvié del camino »recto en que me pusisteis, y dí »al primer paso en un espantoso »precipicio: me engañaron, y pa»ra mayor suplicio no se quien me »ha engañado. Fugitiva del asilo en »que me he criado, he cruzado »rios, he atravesado desiertos, he »pasado hambres, cansancios, hu»millaciones, insultos, dolores y

» remordimientos. Desfallecida, desnuda, abandonada de la naturaleza, y sin atreverme á comparecer á vuestros ojos, voy á esconder mi oprobio en una obscura caberna, que será muy presto mi sepulcro, y el del inocente fruto de mi crímen. ¿Pudierais vos haberme impuesto mas castigo? ah! compasivo padre! no invoco vuestra piedad: no la merezco, pero no negueis vuestra bendicion á esta infelice que muere arrepentida. »

Representa. Federica vive? ¿y en tan lastimoso estado? me engañaron. Y qué ¿podré yo saber su horrorosa situacion sin correr á socorrerla? no: Súmers, Súmers.

Sale Súmers. Señor?

Derikson. ¿Cuándo dices que te entregaron esta carta?

Súmers. Esta mañanita muy temprano.

Derikson. Y dime, no me engañes: ¿que señas tenía la joven que te la dió?

Súmers. Sin embargo de que no tenía puestas las gafas, me pareció una muchacha bien dispuesta, y de muy bien parecer; pero consumida de trabajos y miseria... Todo se la iba en llorar sin querer probar la cena que la llevé yo mismo, hasta que fue el Milord, y pudo persuadirla.

Derikson. Desventurada! ¿y no te dijo á donde caminaba?

Súmers. No señor.

Dérikson. Pues es necesario que al momento... corre, llama al Milord, dí que yo le espero.

Súmers. Voy. Que eficáz ha sido el purgante segun le ha removido. (*Ap.*)

Derikson. No hay otro remedio: la buscaré por todas partes: recorreré los pueblos; los desiertos; y si por desgracia no la encuentro, mi mismo dolor acortará mi insufrible vida.

Sale Milord. Y bien Derikson?

Derikson. El cielo castigó bien presto, y con el mayor rigor mi dureza. Mi hija fue engañada tambien: pero no conoce al aleve: toma, lee despues esta carta suya: tú mismo la recogiste anoche en tu quinta sin saberlo. No puede estar muy distante segun lo débil que se hallaba: es necesario que salgan en su busca, que cerquen todos los caminos, que no dejen bosque que no recorran: sí, duelete de la horrible situacion de esta infeliz. ¿Por qué hija mia, no acudiste en tu afliccion á tu padre? ¿por qué dudaste de su indulto? la dureza de su carácter, no debió aterrarte. Ella escondia un fondo de ternura.

Milord. He aquí el funesto resultado de la excesiva severidad de algunos padres: se hacen temer de sus hijos; estos los tienen por inflexibles, y en vez de confiarles sus desgracias para que puedan repararlas, se las ocultan con cuidado, haciéndolas así irreparables, ó cayendo de unas en otras por callar las primeras.

Derikson. Sí, yo soy la causa de sus males. Ah! cuán sin tiempo lo conozco! el cielo me castiga con tan tardo arrepentimiento. Pero no desconfiemos: corre, dispon que salgan todos tus criados en su busca, salgamos tambien nosotros: sí, el que la encuentre, el que trajere á mi hija... buen Dios! no me quites el consuelo de volver á estrecharla entre mis brazos: déjame mostrarla mi ternura: déjame bendecir su respeto, y pon despues el término á mi vida.

Milord. ¿Y si se presentase á tus ojos confesando su yerro, tratarias de afligirla?

Derikson.. Insúltame, lo merezco. Pero no dudes un momento de lo que amo á Federica. Culpada ó inocente,

sería toda mi delicia, y el consuelo de mi vejez. Sí, donde estás amada hija: no me oyes? vuelve á tu padre si quieres dilatar sus dias.

El Milord hace una seña con el pañuelo, y Eduardo y Federica con el mayor cuidado, para que Derikson no lo sienta, se arrodillan detras, y de repente abrazan sus rodillas, esclamando con la mayor impresion.

Federica. Padre! (*Ocultando el rostro.*)

Derikson. Quién eres? hija! (*Dá un espantoso grito al conocerla, se arroja en sus brazos repitiendo con la misma espresion.*) Amada hija!

Milord. Sí, Derikson: he aquí á tu hija, y á su esposo.

Derikson. Eduardo?

Milord. Si: reconoce ahora lo que debes á su honradez y á la mia: gózate en sus afectos, y bendigamos sin cesar aquella mano benéfica que sin dejarse ver, enjuga tan á tiempo las lágrimas de los mortales afligidos.

FIN.

CON LICENCIA:

EN VALENCIA:

POR JOSÉ FERRER DE ORGA.

AÑO 1817.
